

vuestras casas, decidme: ¿cuántas veces experimentasteis los benévolos influjos de este astro en vuestras allicciones? Continad, pues, implorando el patrocinio de este glorioso mártir, que si de veras le invocais y procurais imitar sus virtudes, no solo experimentareis alivio en vuestros males y socorro en todas las necesidades, sino que alcanzareis la gracia necesaria para hacer una vida cristiana, ajustada enteramente á la ley divina, tendreis una dichosa muerte, y despues volareis á las mansiones eternas de la gloria, como os deseo.

PANEGÍRICO

DE SAN DIEGO DE ALCALÁ,

RELIGIOSO LEGO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Cum simplicitibus sermone Domini
 El Señor conversa con los sencillos.
 (Prov. III, 32.)

¡Cuán diferentes son las miras del mundo de los planes de Dios! ¡Cuán diferentes las preferencias del mundo de las predilecciones de Dios! Las miras del mundo tienden á satisfacer las pasiones del hombre, sus tendencias, sus caprichos, aún los más extravagantes. El orgullo, la ambicion, el brillo, la ciencia, la humana filosofia; la sensualidad, los placeres, las comodidades, el bienestar temporal. Hé ahí las tendencias del mundo, hé ahí sus preferencias.

Descendió del Cielo el Verbo Eterno, y vino para enseñarnos. Enseñónos, en efecto, de palabra y con sus ejemplos, pues que á eso vino. ¿Qué nuevas, pues, nos trae del Cielo, qué doctrina nos enseña nuestro divino Maestro? A enseñarnos vino; no puede, pues, traernos una falsa doctrina. A redimirnos vino; luego sus palabras, luego sus máximas, luego sus enseñanzas han de ser, no solamente verdaderas, sino las solas verdaderas; no solamente convenientes á nuestra salvacion, sino las solas convenientes á nuestra salvacion. A mostrarnos vino cómo se ha de ir al Cielo; luego el camino que nos muestra es el solo verdadero. Escuchemos, pues, sus palabras, y sepamos de Él el verdadero camino del Cielo. «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon.» Hé ahí la doctrina de Jesucristo nuestro Señor: humildad, sencillez. Cuando el mismo nuestro Señor descendió á la tierra, se presentó con la mayor sencillez y humildad. Cuando los mensajeros del Cielo tienen que anunciar por la primera vez á la tierra la venida del Salvador del género humano, y tie-

nen que dar señales de Él, desde luego se dirigen á unos pastores que estaban de majada; y las señales que dán de un Dios hecho hombre son estas: Un niño envuelto en pobres pañales, un niño recién nacido reclinado en un pesebre; y este Niño Dios estaba en un establo, porque su Madre y S. José no pudieron encontrar plaza en la posada! ¡Un Dios infante alojado á su entrada en el mundo en un establo! ¡Gran Dios! ¡Qué lección de humildad! ¡Qué lección de sencillez!

Amados míos en el Señor, teniendo que hacerlos hoy el panegirico del bienaventurado Diego de Alcalá, ¿qué tema podia escoger más á propósito y que más cuadre á su vida admirable, que la humildad y sencillez tan divinamente recomendadas con la doctrina y los ejemplos de un Dios tan humilde como elevado, tan sencillo como majestuoso? Para vuestra edificación y aprovechamiento, hé aquí la proposición objeto de mi discurso y de vuestra atención. «San Diego, sencillo y humilde, fué muy favorecido de Dios, que le hizo poderoso en palabras y en obras.» Pidamos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

No encuentra la sagrada Escritura mayor elogio que hacer del santísimo Job, que el de hacer preceder á su maravillosa historia las siguientes palabras: Era un varón sencillo. ¡Sencillo! Ya lo veis: la sencillez es la virtud por donde el Espíritu Santo comienza el elogio de uno de los más ilustres personajes del Antiguo Testamento. Cuando Salomón hubo acabado la obra del Templo, apareciósele el Señor y le dijo:... He oído favorablemente tu oración... he santificado esta mi casa que me has fabricado: mi nombre quedará en ella perpetuamente, y mis ojos y mi corazón no se apartarán de ella. Y tú, si andas en mi presencia como tu padre anduvo, en sencillez de corazón y en justicia... tu trono no faltará en Israel. Sencillez de corazón. Hé ahí la virtud que con tanta instancia, con tanto empeño, pedía Dios á Salomón, como condición para llenarle de bendiciones y perpetuarlas en su familia. ¡Ojalá, no hubiese faltado jamás Salomón á esta recomendación divina! Recorred todas las páginas sagradas, meditad todas las divinas máximas, leed los hechos de los santos y verdaderos siervos de Dios, y vereis, constantemente, no solo prescrita y recomendada, sino puesta como una condición necesaria de los favores divinos, la sencillez de corazón.

Y si tales testimonios se aducen, amados míos en el Señor, respecto de la sencillez y rectitud de corazón, ¿cuántos y cuánto más expresos no podríamos aducir respecto de la humildad? Todas las sagradas páginas nos presentan testimonios, que hacen los mayores encomios de esta celestial virtud. Ya os he citado algunos en la in-

roduccion; podria multiplicarlos á lo infinito; conozco vuestra experiencia en las cosas de Dios; oído teneis mil veces el elogio de esta santa virtud; inútil es que os detenga más tiempo en probar una cosa que tan sabida teneis. Sin embargo, y como haciendo un epilogo de lo que acerca de esa virtud se ha dicho, epilogo que servirá de entrada á lo que debemos manifestar acerca del Santo, cuya memoria hoy celebramos, os diré: que la virtud de la humildad es el fundamento de todas las virtudes ascéticas, morales, cristianas; que todos los santos Padres, todos los ilustres patriarcas de las Órdenes regulares establecen la base de sus reglas sobre el fundamento de la humildad; y que cuanto más quieren que sus discípulos, que los cristianos todos, levanten su edificio espiritual respectivo, tanto más quieren que se funden sobre la humildad, abondando más y más los cimientos de ella. La humildad debe estar en razon de la perfeccion á que se aspira: la perfeccion sube hácia arriba, la humildad se abate hácia abajo. Cuanto sube de punto la perfeccion, tanto se abaja la humildad. Lo vereis en el breve relato de los principales hechos de la vida del glorioso S. Diego.

Nació nuestro Santo en el pueblo de S. Nicolás, arzobispado de Sevilla. Sus padres no eran ricos, pero sí muy virtuosos; y no pudiendo dar á su hijo un gran patrimonio, trataron al ménos de darle una educacion cristiana y santa. No tuvo otros maestros por entónces sino á sus padres, ni mejores modelos que sus buenos ejemplos. Dotó Dios á nuestro Diego de una índole excelente: era mansísimo de carácter, dócil de condicion; y la sabiduria parecia haber tomado posesion de su corazón aún ántes de llegar al uso de la razón. El Espíritu Santo fué su guia en la niñez y su director; y aunque de un natural vivo, amaba y prefería el retiro aún en aquellos tiernos años. Cuando todavía muy niño, poníase nuestro Diego en oracion, y pasaba en ella una gran parte del día; y aunque á causa de la debilidad de la infancia no sabía aún lo que era rezar, velasele sin embargo muy recogido, con mucha modestia y silencio en todo el tiempo que pasaba en su inocente oracion. Tenia tal apego á las cosas de iglesia, estaba tan vivamente penetrado de la presencia de Dios en aquel santo lugar, y manifestó siempre tanto deseo de estar en el templo lo más que pudiese, que todos los convecinos lo presagiaban á una voz como uno de los mayores siervos de Dios. Aún en aquella tan tierna edad, el Espíritu Santo le inspiró un gusto especial por las prácticas de la mortificación; tales como el ayuno, la abstinencia y otras mil santas austeridades. Y así es, que jamás se notaron en Diego las travesuras propias de los niños; pudo decirse que jamás lo fué, y

que abandonó y dejó al mundo ántes de conocerlo. Así pasó su santa niñez. Hermanos míos, cuando el Espíritu Santo se prepara un corazón puro en donde morar exclusivamente, se lo escoge y se lo va formando desde su más tierna niñez. ¡Qué dicha para Diego la de no haber conocido jamás el pecado! Su corazón siempre puro, siempre inocente, jamás dió entrada á ninguna maligna sugestion; y ésta fué otra de las más seguras señales de ser escogido para ser algún día un gran santo.

Encontraba nuestro Diego tan fácil la práctica de la penitencia, le era tan dulce y agradable el retiro, y sentía un tal atractivo por la perfeccion, que le pareció todavía muy imperfecta la vida que llevaba; así es, que, todavía muy jóven, se resolvió á buscar otro género de vida más conforme á su inclinacion, y en el cual pudiera orar y mortificarse segun se sentia movido del divino Espíritu. Quiso, pues separarse absolutamente del comercio de los hombres para no exponerse á perder su inocencia, y se fué á buscar un venerable sacerdote, que vivia retirado en una ermita, no léjos de S. Nicolás, y se puso bajo su direccion. Allí vivió algunos años en compañía y bajo la obediencia de este santo anacoreta, ejercitándose en los ayunos, las vigiliás, la continencia, el desprendimiento de los afectos terrenos, la meditacion de las verdades eternas, y en la continua oracion. En esta soledad comenzó ya á practicar en pequeño lo que más adelante debía hacer en una proporcion mucho más elevada. En su retiro vivia de limosna; y para evitar la ociosidad, empleaba en el trabajo de sus manos el tiempo que le dejaba libre la oracion y demás ocupaciones espirituales, destinando para el descanso muy pocas horas de la noche. Su amor á la pobreza era sincero, como todas sus otras virtudes; y su desinterés tan grande, que habiendo hallado un día en cierto camino una talega con dinero, no quiso tocarla, sino que dió noticia de ella al primero que encontró. No fué menor su amor á la humildad: abrazaba con suma alegría las humillaciones que podian envilecerle más delante de los hombres; y sujetaba su espíritu y su cuerpo con mortificaciones continuas, juzgándose el peor de los hombres, y velando sin cesar sobre sí mismo para no ser sorprendido por ningún lado del enemigo de su salvacion.

Católicos: ved ahí un Santo, que no conocia el pecado, puesto que no le habia cometido, conservándose en la inocencia bautismal. Sin embargo, para no perder tan precioso tesoro, huye de su casa paterna, en la cual no veia sino santos ejemplos, por temor del mundo, y se esconde en un desierto, tomando todas las precauciones imaginables para evitar toda acasion de pecado. Sabía que nuestra verda-

dera vida consiste en vivir para Dios de la vida de Jesucristo. Nuestro Santo no se curó de adquirir ciencias ni de profundizar secretos: todo su cuidado lo redujo á meditar en las divinas perfecciones de nuestro Señor Jesucristo.

Para más asegurarse en sus propósitos, y conociendo los peligros diversos que hay en los pensamientos, acciones y palabras, juzgó, que el estado más á propósito para evitarlos, era el religioso. Movido de esta consideracion y de la estricta observancia del Orden de San Francisco, fué á presentarse al convento de Arrizafa, en el territorio de Córdoba. Apenas tuvieron noticia en ese convento de quién era el nuevo aspirante al hábito, lo admitieron sin dificultad. Tomó el hábito de lego porque no tenia estudios, y aún más particularmente, porque en tal estado podia ejercitarse continuamente en la humildad. Era á la sazón el convento de Arrizafa uno de los más rigidos observantes de la regla de S. Francisco; por toda la España, y aún por la cristiandad, se habia esparcido el renombre de su santidad, y esto fué lo que indujo á nuestro Diego á escoger este monasterio. Apenas nuestro Diego se vió con el santo hábito, un júbilo celestial inundó su alma cándida y humilde. Ofrecióse de todo corazón al santo patriarca Francisco, y se lo propuso como un modelo en todos sus pasos y menores movimientos. No solamente tomó á empeño el guardar escrupulosamente todas las reglas del instituto, y observarlas hasta en sus más mínimas disposiciones con un verdadero y sincero espíritu de humildad y de mortificacion interior, sino que se propuso mirar en cada uno de sus superiores un representante de Jesucristo, al que obedecía, ciegameute, con la mayor prontitud y buena fé. Consideraba á éstos como los verdaderos intérpretes y ejecutores de la voluntad de Dios; y así es, que nuestro Diego, renunciando desde su entrada en Religion á toda propia voluntad, á todo afecto propio, no tuvo otra voluntad, ni otro afecto que la voluntad de Dios. Por esta razon todo le era indiferente; y con el mismo contento y prontitud obedecía un precepto penoso que otro fácil, el tono áspero é imperioso que el afable y natural.

Para tener su cuerpo en perfecta sumision al espíritu lo debilitaba con largas vigiliás, con ayunos continuos y con severas disciplinas, sin que estas maceraciones le impidiesen el desempeño de sus tareas. Aunque su carne estaba como amortiguada, no dejaba á veces de experimentar algunos impulsos de rebelion; pero entónces la sujetaba con presteza, no contentándose sino hasta verla verla despedazada y bañada en sangre. En un día de invierno, sintiéndose atacado de este enemigo, se arrojó en un estanque de agua helada, y permaneció allí

con peligro de su vida hasta no haber apagado el ardor de la concupiscencia. Era tambien muy ardiente y fervoroso en los ejercicios de caridad para con el prójimo. A pesar de su pobreza, encontraba siempre medios y recursos de hacer limosnas; consolaba á los afligidos; reconciliaba á los disidentes y enemistados entre sí; visitaba á los enfermos y los curaba en cuanto podia. Su compasion para todo desgraciado era tal y tan natural, que su corazon no podia resistirse el hacer todo el bien que su regla le permitiera, sin faltar al cumplimiento de sus deberes como religioso. Amados mios en el Señor; las virtudes jamás están aisladas, jamás sirven solas; hermanas todas y unidas en Dios, de donde proceden, y en Jesucristo, que les comunica sus méritos, se llaman mutuamente; y muy léjos de excluirse, se apoyan con reciprocidad. Esta asercion teológica la vemos practicada en todos los santos. En nuestro Diego, la virtud que parece ser como el sello, el carácter distintivo de su vida y santidad, es la humildad. Esta virtud llama á sí, y en su ayuda, á la sencillez. Ambas á dos á la pureza de corazon. Todas tres á su fiel amiga y sostén, la oracion. Estas cuatro á su guardiana, la santa penitencia y mortificacion. Y así, se vá ensanchando el círculo en que se ejercita el alma santa de Diego, pues, no solo fué humilde y sencillo, sino puro, penitente, fervoroso, caritativo, obediente, casto, generoso, compasivo. Su corazon se acomodaba á las diversas circunstancias en que debia manifestarse. Era caritativo con los pobres, compasivo y solícito con los enfermos, humilde en medio de los mayores favores del Cielo, obediente á sus superiores, y aún iguales; era, en fin, todo para todos, sin descuidarse á sí mismo.

Los superiores de su Orden, juzgándolo capáz de mayores cosas que del servicio mecánico, á que como lego estaba destinado, aunque no era sacerdote ni tenia estudios, le nombraron guardian del convento de Fuerteventura, en una de las islas Canarias. En este lugar encontró una multitud de idólatras, y muy poco instruidos en nuestra religion á los cristianos que en ella existían. Apenas tomó posesion de su guardiano, cuando un nuevo celo por la salvacion de las almas enardeció su corazon. A pesar de no haber hecho estudios ningunos, se dedicó con celo increíble á la conversion de los pecadores, á la instruccion de los ignorantes, á la conversion de los idólatras á nuestra santa fé. Increíbles son las fatigas que este ministerio apostólico le atrajo, y las muchas persecuciones ó sinsabores de parte de los idólatras. Nuestro Santo tuvo la dicha de ver convertidos á nuestra santa fé casi á todos los idólatras de la isla, y otros muchos de las adyacentes.

Establecida la religion cristiana en Fuerteventura, fué llamado á España; y el año siguiente, mil trescientos cincuenta, hizo un viaje á Roma para asistir á la canonizacion de san Bernardino de Sena, y para asistir al jubileo de aquel año. Roma rebosaba de gente de todos paises con motivo del jubileo de año santo; y de solo la Orden de san Francisco asistieron para la ceremonia de la canonizacion de S. Bernardino, que se verificó en el mismo año santo, hasta tres mil ochocientos religiosos. Sea efecto del clima, sea efecto de tan extraordinario gentío en la capital del mundo cristiano, la mayor parte de sus hermanos de hábito cayeron enfermos de una enfermedad contagiosa. Esta epidemia presentó á Diego una ocasion de ejercitar la más afectuosa caridad para con sus hermanos. Por otra parte, esa afluencia de gentes habia encarecido tanto y hecho tan raras las subsistencias, que los Religiosos llegaron á faltar aún de lo necesario. Peste y hambre, hé aquí dos azotes, que, léjos de amilanar el ánimo de nuestro Diego, ve en ello un motivo de santificarse más y más. Redóblase en él el espíritu de caridad, multiplica sus obsequios, asiste á la cabezera del enfermo sirviéndole con todo amor; se le ve por todas partes, ya propinando remedios á unos, ya cuidando de otros, ya consolando á los demás. En todo lugar se le ve presente, y todos ven en él al ángel consolador. Si además del azote de la peste, padece la ciudad el de la carestía, Diego no se mostrará ménos activo en proveer á sus hermanos de lo necesario, que lo ha estado en asistir á los enfermos. Busca por todas partes recursos para su comunidad; y no solo halla lo necesario, sino que el guardian y todos los Religiosos quedan asombrados de que los alimentos sobren en la casa, como si fuera en tiempo de la mayor abundancia. Todos los Religiosos quedaron intimamente persuadidos, que Dios asistia visiblemente á su siervo Diego; cuya humilde caridad lo protegía y ayudaba tan extraordinariamente, que él solo bastara al cuidado de tantos enfermos, y á la provision de tantos individuos en tiempo de tan grande carestía.

Por fin, regresó á Andalucía, donde vivió algunos años; desde allí lo trasladaron al convento de Sta. Maria de la Saavedra, en Castilla, desde donde todavía se le mandó pasar al convento de Alcalá, último domicilio suyo. Todos los lugares eran para él indiferentes, porque encontraba á Dios en todas partes; y mirando siempre la tierra como un lugar de destierro, no atenia más que á encaminarse á la patria celestial. En todas partes fué dejando rastros de su santidad; y por poco tiempo que permaneciese en un lugar, el olor de sus virtudes se esparcía por toda la poblacion, por toda la comarca.

Su devocion al santísimo sacramento de la Eucaristia y á nuestro Señor crucificado era el principal objeto de su piedad. Pasaba todos los días largas horas meditando ya uno, ya otro de estos misterios, y á esta continua meditacion se debe atribuir la perfeccion de su caridad y lo profundo de su humildad. Tambien fué muy devoto de la santísima virgen María, y en honor de ella ayunaba todos los sábados del año á pan y agua. Celebraba todas sus fiestas con la mayor solemnidad que podia; amábala tiernamente como madre suya, y la tomó por su especial patrona y abogada. La santidad, católicos, tiene tal atractivo, ó infunde tal veneracion, que aún los más discolos la respetan y se sienten movidos de ella. Lo propio de la virtud es, el ser respetada y amada aún de los hombres más viciosos. A pesar de la corrupcion del corazon humano, todavía queda en él ese ascendiente de la santidad y esa veneracion de la virtud. Estos dos sentimientos han quedado salvos en medio del naufragio universal de la culpa. En todos los países del mundo, en todos los cultos existen; aunque, desgraciadamente, es una aplicacion falsa de un principio verdadero. Pero Dios ha sancionado de tal modo la santidad en el cristianismo, que no hay cosa más evidente que esa sancion divina. Dios comprobó la santidad de su siervo con una infinidad de milagros, de que haremos una muy sucinta relacion.

Constan en las actas de su canonizacion muchas curas milagrosas de todo género de enfermedades, calenturas pútridas, nerviosas, tercianas, cuartanas rebeldes; epilepsias, parálisis, perlesias, tumores dañinos; embarazos peligrosos; niños salvados de peligros gravísimos; mudos, sordos, cojos, ciegos; cuatro muertos resucitados, un niño metido en un horno encendido sacado á salvo; el príncipe Carlos moribundo milagrosamente curado; pecadores arrepentidos, infieles convertidos. Hé ahí en compendio los diferentes géneros de gracias obradas por Diego. En particular, para nuestra edificacion, solo os referiré tres milagros, entre los muchos que obró. Habiendo ido cierto dia nuestro S. Diego á Sevilla, se hospedó en casa de un hermano tercero de su Orden. Vivía en la vecindad una mujer, de oficio hornera, que con su trabajo sustentaba toda su familia. Tenia esta mujer un niño de sobre siete años, travieso como los de su edad; cuando su madre lo queria corregir, huía y se escapaba para ponerse en salvo. En cierta ocasion, la madre tuvo que corregir al niño por cierta travesura que hizo: temeroso el hijo del castigo, se fué á esconder en el horno, á la sazón apagado por ser domingo. Al poco tiempo el niño se quedó dormido: la madre, en la mañana del siguiente dia, Lunes, muy de madrugada, encendió el

horno muy fuerte, como lo acostumbraba todos los lunes. Todo estaba encendido y las llamas salian como de ordinario por la boca, cuando oyó al niño, que daba gritos de desesperacion y de dolor. Pero el horno estaba tan encendido y la boca tan estrecha, que no habia medio de salvar, humanamente, al niño, y lo juzgaba ya por perdido. Como fuera de sí, la madre salió por las calles pidiendo socorro para su hijo; encontróse por casualidad en la calle con san Diego, á quien refirió su horrible desgracia. Animo, hija, no se desconsuele Vd., le dijo el Santo; vaya inmediatamente á la iglesia, y pida á la santísima Virgen la asista en este lance. La madre, llena de fé, váse á la capilla de la Virgen, y se pone á rezar delante del altar; ¡podeis figuraros con cuánto fervor! Entretanto Diego se dirige con su compañero al horno encendido, y mandó al niño saliese fuera, lo que hizo inmediatamente, saliendo salvo y sin ningun daño ó lesion. Dejó á vuestra consideracion el juzgar de la alegría de la madre y de la admiracion del pueblo de Sevilla.

Alvaro de Goa, portugués, tenia una criada, que habiéndose casado despues tuvo una niña. Siendo ésta ya algo crecida, padeció una enfermedad de que murió á pocos dias. Alvaro supo el desconsuelo de la madre, y teniendo noticia de los muchos milagros que se obraban por la intercesion de S. Diego, le dice, que lleve su niña muerta al sepulcro de S. Diego. La madre, llena de fé, toma el cadáver de la niña, la pone sobre el sepulcro de S. Diego, y vuelve á la vida resucitada.

El príncipe Carlos, hijo de Felipe II, cayó de una escalera del palacio real de Alcalá; se hizo tales heridas en la nuca y en toda la cabeza, que se creyeron desde luego mortales. Llámanse médicos y cirujanos para curar al niño príncipe; pero conocieron que todos los remedios serian inútiles, y que la muerte era muy inminente. El príncipe real se hallaba ya en laagonia: se estaban haciendo los preparativos del duelo, esperando la muerte por momentos, pues que ya no habia señales de vida en el cuerpecito. El rey, su padre, que tenia mucha fé en S. Diego, suplica á la autoridad eclesiástica traigan al aposento real el cuerpo del Santo. Apenas éste toca el cuerpecito del príncipe, que estaba ya como muerto, una notable mejoría se hace sentir; los síntomas mortales desaparecen de repente; pocas horas despues estaba fuera de peligro y curado.

Amados míos en el Señor, á la vista de un Diego, humilde y sencillito religioso lego de la Orden seráfica, tan favorecido de Dios, que hizo de él un apóstol, y un celoso ministro de la caridad, y que no solo le colmó de gracias interiores, que lo hicieran un gran santo,

sinó que le concedió el don de hacer milagros en beneficio de la humanidad afligida, no puedo ménos de exclamar: «Tus juicios, Señor, son un abismo profundísimo.» Nada hay tan alto como Dios; sin embargo, al considerar su conducta respecto de sus criaturas, se le ve, constantemente, comunicarse con una sorprendente familiaridad con las almas humildes y sencillas. Los mayores prodigios obrados por su brazo omnipotente, se han cumplido y realizado por medio de criaturas débiles, ignorantes, desconocidas del mundo. Y aparte algunas excepciones, los santos que más prodigios han obrado han pertenecido á esta categoría. ¡Preciosa y celestial virtud de la humildad! tú descendiste de las alturas del empireo, y fuiste la augusta é inseparable compañera del Hombre-Dios; sobre tí quiso fundar nuestro Maestro el edificio de su vida moral; tú fuiste la que atrajistes sobre tu santísima Madre, la Virgen nuestra Señora, ese piélago de bendiciones, que la hacen dichosa entre todas las mujeres y por todas las naciones; tú eres la fiel depositaria de los dones del Cielo, la guardiana de las costumbres puras, el receptáculo de todas las gracias. Contigo ¡cuán dichosos somos! y sin tí, ¡cuán desgraciados! Vén á nuestros corazones, toma posesion de ellos, y sé la compañera de nuestra peregrinacion. Vén á nuestra alma, ilustra nuestro entendimiento, para que siguiendo tus inspiraciones conozcamos los caminos de la divina sabiduria, marchemos por ellos con sencillez y pureza de corazon, y nos hagamos dignos imitadores de Aquel, que, por descubrirnos tus sagrados tesoros, descendió de los Cielos á la tierra.

Hermanos míos, no puedo dar fin á este discurso de un modo más agradable y útil á vosotros, que exhortándoos de todo mi corazon á la veneracion de un Santo tan amado y favorecido de Dios. Al lado de Dios está; poderoso y caritativo, no dudeis que se complacerá en conseguirnos gracias y favores en vuestras necesidades temporales y espirituales. Acudid, pues, á él con una confianza sin límites; pedidle la santa virtud de la humildad; pedidle la santa sencillez de corazon; pedidle el espíritu de mortificacion, de penitencia y de resignacion, para sobrellevar con paciencia y santa alegría, todas las tribulaciones que el Señor se digne enviarnos; pedidle, en fin, que os alcance del espíritu de caridad y de amor, el que vuestros corazones se abrasen en vivas llamas de divinos incendios; para que, llenos de amor de Dios y de caridad para con el prójimo, voleis al socorro de las necesidades de vuestros hermanos afligidos ó menesterosos.

Glorioso Santo, que no solo conservasteis constantemente, la pureza y sencillez de corazon, sinó que, dócil á las inspiraciones de la

gracia, habeis seguido tan santamente al Dios humilde, al Dios manso, al Dios paciente, que se dignó encarnar por nosotros para constituirse nuestro divino modelo; alcanzados del mismo Señor nuestro, todas las virtudes de que fuisteis dechado perfecto en vuestra vida; alcanzados tambien auxilios de alma y cuerpo para el socorro de todas nuestras necesidades; alcanzados, sobre todo, el que, despues de haber vivido cristiana y santamente como vos en la tierra, merezcamos gozar de las eternas recompensas de la Gloria.

PANEGÍRICO
DEL BUEN-LADRON,
COMUNTE LLAMADO SAN DIMAS.

Domine, veneneto mei, dum veneris in regnum tuum.

Señor, acuérdate de mí, cuando hayas llegado á tu reino.

(LUC. XXIII. 42.)

Preséntasenos en este día el más ilustre penitente que conocieron los siglos, y os convido con toda la efusión de mi corazón á meditar una historia, que tan íntimamente enlazada está con la de la Pasión del Salvador. Tal vez no os hayais detenido en ella tanto como lo merece su alta importancia, y el heroico ejemplo de penitencia que presenta á nuestra edificación, y á la par que á nuestro consuelo. Voy á referiros el sucinto relato sagrado concerniente al Buen-Ladron.

«Estaba el pueblo mirando á Jesús, y los príncipes con el pueblo hacían burla de Jesús, diciendo: A otros ha salvado, sálvese pues á sí mismo, si él es el Cristo, el escogido de Dios. Insultábanle no ménos los soldados, los cuales se arrimaban á él, y presentándole vinagre, le decían: Si tú eres el rey de los judíos, ponte en salvo. »Y uno de los ladrones, que estaban crucificados á su lado, blasfemaba de él diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros. Mas el otro le reprendía, diciendo: ¿Ni aún tú temes á Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros á la verdad estamos en él justamente, pues pagamos la pena que merecen nuestros delitos; mas éste no hizo mal alguno. Y decía á Jesús: Señor, acuérdate de mí, cuando llegares á tu reino. Jesús le respondió: En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

El cronista, el historiador de la heroica penitencia y del dichoso fin del Buen-Ladron, es el mismo Espíritu Santo. Esta historia está

enclavada en la historia misma de la Pasión sagrada; está llena de enseñanzas sublimes; y en breves palabras contiene doctrinas abundantísimas. El mejor orden que pueda yo proponeros en la distribución de este discurso moral-panegírico, es el que el Espíritu Santo ha seguido en esta breve é interesantísima historia. Voy á hacerlos ver en la penitencia del Buen-Ladron el modelo de la penitencia del pecador.

Virgen dolorosísima; Vos fuisteis testigo de la conversión y confesión y premio del Buen-Ladron: pecadores, recurrimos á Vos, para que, meditando la heroica penitencia de él, la hagamos sincera y perseverante. Alcánzame de vuestro divino Hijo gracia para hablar dignamente, á fin de excitar á mis oyentes al amor de la penitencia y á la perseverancia final. A. M.

La penitencia es el solo remedio que resta al hombre una vez que perdió la inocencia; es la sola vía de reconciliación entre el pecador y su Dios ofendido; es una expiación necesaria para purificar al alma pecadora, al corazón prevaricador. Muchas son las calidades que debe tener, muchas las prendas que la deben adornar: nos concretaremos empero á las más necesarias, para aplicarlas á la de nuestro ilustre penitente. Juicio imparcial y conocimiento de su propia miseria: primera calidad de la penitencia verdadera. Confesión humilde de sus culpas y detestación de ellas: segunda calidad. Deseo de satisfacer por ellas: tercera calidad. Celos por la honra de Dios, y vehemente anhelo de desagradarle: cuarta calidad. Pedir perdón y gracia: quinta calidad de la verdadera penitencia. Todas estas calidades se hallaron en nuestro ilustre penitente el Buen-Ladron, como lo iremos viendo.

No creais, católicos, que sea necesario un largo trascurso de años para constituir una verdadera penitencia: Dios no calcula el tiempo; Dios pesa en su divina balanza la penitencia; y la habrá de dos instantes que valdrá más que otra de dos siglos. En la penitencia del Buen-Ladron no se ha de atender al tiempo, sino á las circunstancias. Debemos desde luego ponernos, por decirlo así, en su lugar; representarnos todas las circunstancias que le rodeaban, todas ellas las ménos favorables á una conversión tan ruidosa y tan ilustre. Debemos pesar todas las dificultades que se oponían más y más al desenlace feliz de la última escena de esta vida tan dramática y desventurada. Figurémonos una vastísima ciudad, que, según parece, contaba entónces más de un millón de habitantes; agréguese á éstos la muchedumbre inmensa de judíos, que debían reunirse en esa ciudad

con motivo de la Pascua, que ya principiaba. Toda esa ciudad, todo ese inmenso gentío estaba en la mayor agitación y efervescencia: como seducido, amotinado y conmovido contra Jesús Nazareno, por todas las sectas, por los escribas, por los principales del pueblo. Ninguna sentencia, ninguna ejecución capital, había turbado y conmovido tanto á la numerosa población de Jerusalén como á la que se pronunció y ejecutó contra Jesús. El pueblo, no solo no era espectador pasivo, como sucedía con los criminales ordinarios, sino que había tomado una parte activa y agresiva en aquella fatal y funesta jornada. Todos los preparativos, todos los antecedentes, no eran seguramente los más á propósito para obrar en un criminal una transformación moral, que solo parece factible en el silencio del calabozo y en la calma de las pasiones. Con estos preliminares demos principio á la historia de nuestro ilustre penitente desde que se halló en el patíbulo; pues que en él y solo en él ofrece interés su persona.

Fijemos nuestra atención en el espectáculo que nos presenta la cima del Gólgota. Vemos en ella tres cruces, tres patibulos, clavadas en ellas tres personas. La fé nos dice, que la que está en medio de las otras dos es la persona del Hijo de Dios: Jesucristo Dios y hombre, el Salvador del mundo, el Redentor del género humano. Los que están á sus dos lados son dos facinerosos, dos ladrones condenados á muerte de cruz. ¡Gran Dios! ¡qué confusión para nosotros! Dos facinerosos, compañeros de suplicio del Hombre-Dios! ¡El Hombre-Dios, sacrificado por amor, inocente, puro, víctima propiciatoria de la divina justicia! ¡Dos facinerosos castigados como culpables, reos, criminales, y expiando sus delitos como justa y debida venganza á la justicia humana! El pueblo insensato, ciego de furia, tomó á su Dios como un hombre criminal; y el Dios-Hombre permitió esta ceguera para sufrir, y sufrir apurando todas las heces del cáliz del oprobio y de la amargura. En la apariencia, solo se veía un hombre que sufría el más grave castigo que las leyes imponían; los antecedentes, aún mirados desde el punto de vista humano y ordinario, lo hacían inocente y víctima de una negra calumnia inventada por una envidia atroz; pero la razón humana no iba más allá. En la realidad, era un Dios hecho hombre por nuestro amor, y padeciendo una muerte mucho más humillante en el alma que en el cuerpo.

Vemos, pues, que Dios, para quien y ante quien todo está dispuesto con peso, razón y medida; Dios ha permitido, que al lado de la víctima inocente inmolada en aras de la justicia divina, se encontrase la justa venganza ejecutada ánte las aras de la justicia humana.

Esta expiación debida á la ley, justa, santa y heroicamente aceptada por el Buen-Ladron, fué el primer paso dado en su breve pero heroica penitencia. Este paso nos enseña, católicos, á recibir y aceptar en espíritu de penitencia, aún las penas temporales que justamente mereceremos. El Señor se digna aceptarlas, y recibir las en holocausto de propiciación; y una esta expiación necesaria y legal á su voluntaria é inocente expiación infinita, y dá á aquella un valor sobrenatural, que la hace valer, por efecto de su infinitísima misericordia, como si fuera una expiación voluntaria, meritoria. Ofrecamos pues, amados míos en el Señor, los males que de todas partes nos rodean, las penas que sufrimos, justa ó injustamente merecidas; las contradicciones que experimentemos en el curso de nuestra vida; las alicciones, tristezas y amarguras que vengan á acibarar nuestra existencia. Nuestro divino y amabilísimo Redentor se ha dignado mostrarnos en el Calvario, que de todos estos trabajos podemos sacar el bien y provecho de nuestras almas; y que así como en beneficio de su pueblo hizo el Señor que saliera miel y aceite hasta de la durísima piedra, su bondad, siempre infinita, propicia á nuestro favor, hará brotar el agua de nuestra salvación, y destilar la miel de nuestra santificación de la dura roca de las tribulaciones y penalidades de este mundo.

Principió, pues, el Buen-Ladron por confesar en lo interior, la rectitud de la justicia en la pena que se le había impuesto. Este paso fué inmenso, y mucho más elevado en la region de la gracia, de lo que aparece á primera vista. Y en efecto, hermanos míos; lo que más le cuesta á un criminal es el creerse verdaderamente criminal; es el juzgarse verdaderamente culpable, verdaderamente digno de las penas con que la justicia castiga un crimen, previene un delito. No hay que forjarse ilusiones; nuestro corazón encuentra en sus numerosos pliegues mil y mil pretextos para justificar sus deseos, para pretender el derecho de satisfacer sus inclinaciones, aún las más dañosas. No se tiene dificultad en confesarse pecador en general, en reconocerse culpable ó flaco en tésis general: esto cuesta muy poco; pero el reconocer haber obrado mal en tal ó cual estado ó circunstancia, y esto no en lo exterior ó en las palabras, sino en lo interior; es mucho más difícil de lo que se cree generalmente. Gran paso, pues, dió el Buen-Ladron, cuando en el fondo de su corazón se reconoció criminal, y consideró como muy bien merecidas las penas que padecía. Gran paso dá el pecador en el camino de su conversión cuando, concentrado allá en el fondo de su corazón, reconoce su pecado y la justicia de lo que sufre y padece en esta vida, como pena debida

á sus prevaricaciones. Inútil, pues, el pecador al Buen-Ladron en el sincero reconocimiento de su mal estado; y como él, alcanzará del Señor misericordia para entrar más adentro en el camino de su conversion, porque en el reino de la gracia un dón produce otro.

Así lo vemos en el Buen-Ladron. Pendiente estaba en una cruz al lado del Salvador, padeciendo dolores de muerte; á pesar del mar de penas en que se hallaba anegado, oye que los principales del pueblo, y el pueblo mismo, hacían burla de Jesús, dirigiéndole sarcasmos y blasfemias, añadiendo así el escarnio á la crueldad. Todavía más: el otro ladron, compañero de suplicio, insultaba también á nuestro divino Salvador. Nuestro Dimas, tomando la defensa de Jesús en un momento en que sus discípulos le habían abandonado, en que el pueblo y todos le escarnecían é insultaban, y en que solo había al pié de la cruz tres mujeres y el más jóven de sus discípulos, lleno de un justo celo por el Justo, que veía morir á su lado, reprendió al mal ladron diciéndole: «¿Ni aún siquiera temes á Dios, en un momento en que debías pensar en Él y en sus altos juicios? Condenado estás justamente al último suplicio; dentro de pocas horas espirarás, y comparecerás ante su santo y temible tribunal. Y en lugar de aplacar á Dios, pidiéndole perdón de tus crímenes, y suplicarle reciba tu justo castigo como en satisfacción de tus pecados, insultas al mismo Dios. Nosotros, á la verdad, estamos sentenciados y castigados con justicia, pues pagamos la pena que merecen nuestros delitos; mas este Justo, este hombre santo, este enviado de Dios, que no ha hecho sino bien á todos, que ha dado vista á los ciegos, salud á los enfermos, gracia á los pecadores, vida á los muertos, no hizo mal alguno, no ha podido hacerlo; y todo lo que padece es para reconciliarnos con el Eterno Padre, justamente irritado contra nosotros. Si los ojos de tu cuerpo no ven en Él sino un hombre que padece, un inocente que sufre, un justo que se sacrifica, abre los ojos de tu alma, y verás escondido en este sagrado cuerpo el Dios-Hijo, que está reconciliando á su pueblo con Dios su Padre. Los profetas nos lo han anunciado; predicho estaba, que moriría entre dos criminales. Pues que tú y yo hemos tenido la dicha de ser los compañeros de suplicio, aprovecha esta coyuntura que te se presenta: reconcíllate con el Padre por medio del Hijo, y no temerás los rayos del Padre; y al espirar, tu alma irá al seno de Abrahán, nuestro patriarca. Y si aceptas con resignacion esta pena, que ahora sufres por ley de justicia humana, misericordioso es el Señor, y hará que te granjee la eterna salvacion.» Tales fueron los sentimientos de nuestro Dimas en tan aciagos momentos. Ya lo veis;

en el primer periodo de su conversion, el Buen-Ladron se reconoce criminal, y acreedor á las penas que merece: ahora va mucho más adelante; y de criminal, se convierte en penitente predicador, en apóstol de la expiacion. ¡Cuántas maravillas cuenta la gracia en tan cortos instantes!

El Buen-Ladron, estando crucificado, y, por consiguiente, atormentado horriblemente, padece en todo su cuerpo dolores eruelisimos; y todo su espíritu era necesario para no morir á cada instante á la fuerza de ellos. Pero, ¡oh milagro de la gracia! se olvida de que padece, y solo piensa en el Justo que padece; se olvida de sus dolores, y solo piensa en los dolores que tan vivamente atormentan al Dios-Hombre; se olvida de sí mismo, y recoge todo lo que queda de vida para salir á la defensa del inocente divino; reconócese pecador y criminal, acepta heroicamente la muerte que justamente sufre, y solo piensa en pedir perdón al Dios á quien ofendió. Conoce que el tiempo que le queda de vida es de muy pocos instantes, es muy corto, y quiere que le valga como si fuera de muchos años. Largo tiempo he vivido, se diría, en el vicio y en el crimen: la divina justicia ha armado á la humana justicia; poco me queda que vivir: delante de Dios una hora vale siglos; al lado tengo quien todo lo puede, quien puede dar á una hora de vida el valor de un siglo; al lado tengo quien me patrocina; al lado tengo una fianza divina, una prenda infinita; pues que he sido ladron de humanos intereses, séalo de esta preciosa margarita que del Cielo descendió por mí; tómla, puesto que ella misma se me dá, y con ella compre yo el Cielo. Esta es moneda que todo lo puede en el Cielo, esta es moneda con que me haré abrir las puertas del Cielo; el divino tesoro me la pone en mis manos; ya no es robo, sino dón, sino gracia que se me dá. Arrepéntame, pues; predique las alabanzas de mi Dios; salga á la defensa de mi Dios. Ahora, que todo el mundo lo ultraja, que los sacerdotes le calumnian, que los fariseos le blasfeman, que el pueblo le crucifica, que sus discípulos le abandonan; ahora, que no veo en su favor sino á tres mujeres y á un jóven pariente; ahora, ahora es meritorio el confesarlo; ahora, ahora le hacen falta personas que le defiendan. Hubo un tiempo, en que yo sorprendí al desprevenido, herí al que quiso oponérseme á mis injusticias, maltraté, y tal vez asesiné al que impedía hiciése yo el mal; borre, borre yo tantos y tamaños pecados, poniéndome de parte del Cristo perseguido, y suplicándole acepte mi justa expiacion en satisfaccion de mis culpas. Que una hora de penitencia, de arrepentimiento, de penas y de adoracion borre las manchas de una larga vida de males. Dios es todopoderoso, y todo lo puede; tengo á mi lado á

quien nada puede negar: acójame á su sacrario divino, y seré salvo. Señor, Señor, acordaos de mí cuando lleguéis á vuestro Reino.

Ahora, ahora, que os veo revestido todavía en forma humana; ahora, que mis ojos os contemplan manso, humilde, sufrido; ahora, que os veo á mi lado, y que os habeis dignado asociar vuestra divina pasión á mi castigo merecido; ahora es tiempo que yo, pobre y miserableísimo pecador, pueda atreverme á alzar mis ojos á Vos; ahora es tiempo que, criminal envejecido, ose ofreceros mi sincero arrepentimiento, y mi condigno castigo; ahora, ahora es tiempo, que se atreva á presentaros un memorial en que os pida la vida eterna, quien tantas veces ganó su eterna muerte. Señor, acordaos de mí cuando lleguéis á vuestro Reino. El espíritu de vuestro Padre me hace ver, que teneis deparado desde la eternidad un reino á vuestros escogidos; ¿cómo atreverme yo á contarme entre éstos? ¡Yo, cubierto de crímenes! ¡yo, que tan olvidado os he tenido! Pero, Señor, vuestra sangre ha salpicado ya sobre mi cuerpo; y esta sangre mucho más preciosa que la sangre de Abel, y esta sangre, mucho más redentora que la del cordero pascual, me ha rociado; y como Vos me habeis herido con vuestro amor en lo más íntimo de mi corazón, esta sangre me purifica enteramente, borra todas mis pasadas iniquidades, me limpia como el cristal, y me blanquea como la nieve. Cúbrome con vuestra púrpura real, con vuestro manto de grana, y os digo: No os acordéis de lo que he sido; mirad en mí lo que habeis hecho. Mi voz es la voz de un pecador; pero mi ropaje, pero mi escudo, pero mi marca es vuestra sangre divina. Acordaos, Señor, de mí, cuando lleguéis á vuestro Reino. Yo bien sé, Señor, que allá en vuestro Reino, millares de millares de ángeles os asisten de continuo, que todo os pertenece en el Cielo y en la tierra. Pero cuando esteis allí, ¿qué podrá hacer la voz de un pobre y desgraciado criminal? Ahora, que os veo aquí, ahora, que con tanta dignación me teneis tan cerca de Vos; ahora es tiempo que os pida el permanecer eternamente en vuestra eterna compañía. Acordaos, Señor, de mí cuando lleguéis á vuestro Reino.

Al considerar las circunstancias en que se hallaba Dimas al manifestar sus heroicos sentimientos á nuestro divino Salvador, ¡cuántos motivos de confianza en Dios y de alabanza en su honor se presentan á nuestra mente! Cuando el mundo todo desconoce á su Dios, y le dá una muerte afrentosa, Dimas lo confiesa y reconoce como Dios, lo defiende con celo, y lleno de una confianza sobrenatural se atreve hasta pedirle una parte en su Reino. Cuando un Pedro le niega, intimidado por una mujerilla; cuando los demás apóstoles,

que tantos milagros le habian visto obrar, lo abandonan, y huyen, y se esconden, y ni siquiera dán señal de vida mientras dura la terrible catástrofe; Dimas es tocado interiormente de la gracia divina; él corresponde fielmente á la misma, y en un momento se hace ilustre penitente, celoso defensor de la honra de Dios, y un fervoroso discípulo é imitador del divino Redentor.

¿Quién desconfiará, católicos, de la misericordia del Señor á la vista de un Dimas santificado en la cruz, en su patíbulo mismo? Este milagro de la misericordia de Dios es una de las mayores pruebas de su omnipotencia. ¿Cómo! Dimas sube al patíbulo cubierto de crímenes, y á los pocos instantes es transformado en un gran santo. ¿Qué poder ha sabido convertir de tal suerte á un corazón envejecido en el vicio? Cuando el Omnipotente se digna hacer milagros, obsérvase, generalmente, que aguarda ciertas coyunturas, en que su poder se manifiesta con brillo y majestad. El tránsito del mar Rojo se hizo de un modo maravilloso; en el Sinaí, la majestad de Dios se daba á conocer en todo su lleno. José manda detener al sol y éste le obedece; Elias hace bajar fuego del Cielo; el Templo de Salomon es constantemente testigo de la presencia visible de la divina Majestad; cuando Jesucristo manda á Lázaro que resucite, lo hace mandando como Dios, y su voz aterra á los circunstantes. Pero en la conversion de Dimas, Jesús está hecho un hombre de dolores, lleva sobre sí el peso de nuestras iniquidades, aparece débil, padece muerte afrentosa de cruz. Nada de majestuoso aparece á los ojos del mundo. Sin embargo, la conversion del Buen-Ladron es uno de los mayores milagros de la divina omnipotencia. ¿De dónde dimanaba, pues, ese poder oculto, que tan grandes cosas obraba, y que, sin embargo, no aparecía con majestuosa ostentación?

Católicos, la respuesta no será mia, sino del gran Padre de la Iglesia S. Juan Crisóstomo. ¡La Cruz! Este es el misterio que la divinidad queria hacer honrar y acatar en el mundo. El misterio de la Cruz salvó á Dimas, como tambien él fué el que eclipsó al sol y á la luna; el que cubrió de tinieblas al mundo, el que partió las piedras, el que hendió los montes, el que rasgó el velo del Templo, el que hizo salir del sepulcro á los muertos, el que cerró las puertas del abismo, el que abrió las puertas del Cielo. Hasta el misterio de la Cruz, Dios habia obrado los más extraordinarios prodigios, desplegando una pompa majestuosa, hiriendo poderosamente é impresionando vivamente el exterior de los hombres. Dios queria darse á conocer como el Dios grande, el Dios fuerte. Pero cuando la Redencion del género humano vino á obrarse por el Hijo de Dios, los prodigios no son

menores, aunque los medios son muy distintos. La humildad y mansedumbre de la Cruz han sucedido al brillo y á la pompa de la antigua ley. Jesucristo ha querido honrar la Cruz, haciendo desde ella los mayores milagros, y consumando la grande obra de la Redencion.

Conocido el gran secreto que Dios tenia reservado en el misterio de la Cruz, puesto de manifiesto el divino plan de la Redencion por medio de la Cruz, y siendo el primero de los milagros obrados en ella la conversion del Buen-Ladron; séame permitido, católicos, el hacer con vosotros algunas piadosas reflexiones, muy conducentes á nuestro objeto. La Cruz, como sabeis muy bien, es el simbolo de las humillaciones, de los trabajos, de la mortificacion, de la penitencia, del sacrificio de sí mismo; de la continua inmolacion de nuestro amor propio, de la continua abnegacion de nuestros propios deseos, voluntad, inclinaciones; la muerte, en fin, á sí mismo, y la renuncia de todo lo que no sea Dios. En la Cruz están simbolizadas, además, todas las virtudes cristianas, pues todas se reducen á morir á sí mismo para que no vivamos ya nosotros, sino que Jesucristo sea el que viva en nosotros. Ya lo veis, católicos; la Cruz es el emblema de toda la doctrina de Jesucristo, la Cruz es el sublime compendio de todo el cristianismo. Para obrar la grande obra de la Redencion el Dios hombre ha escogido la Cruz, se ha desposado con la Cruz; y en este sagrado tálamo de dolores es en donde Cristo nos ha engendrado á nueva vida. Desposémonos, pues, nosotros tambien con la Cruz, abracémosla con amor; tal vez esta Cruz sea para nosotros como la Cruz de Dimas, el Buen-Ladron; tal vez esta Cruz sea para nosotros la justa vindicta de nuestros pecados y de nuestros crímenes. si Dios, tan bondadoso, tan misericordioso, acoge nuestra oferta, aunque ésta proceda de haber hecho de la necesidad virtud. Hagamos, pues, como Dimas, y que la Cruz de la justa vindicta, que la Cruz de los trabajos merecidos, sea para nosotros la Cruz de la infinita misericordia, la Cruz de la Redencion. Pero ya es tiempo que escuchemos la divina providencia de Jesús.

Misteriosa y altamente significativa fué la conducta de nuestro Divino Redentor con Dimas. No se dice en el Evangelio, que Jesucristo nuestro Señor se hubiese dignado manifestarle señal alguna de poderio, ni aún dirigirle alguna palabra, mirada, ó cualquier otra insinuacion preventiva de amor y de misericordia. Su gracia, sin embargo, iba ganando ya el corazon de Dimas, y se iba adelantando en su obra. Dimas tenia que expiar con una penitencia corta una mala vida larga, y era conveniente, que diese pruebas de valor y de virtud he-

roica el que tantas habia dado de sus malas costumbres. Cuando la gracia hubo penetrado enteramente el corazon de Dimas, y que de pederal endurecido lo hizo tierra esponjosa y apta para la buena semilla, Dimas percibió dentro de sí mismo un huésped hasta entónces desconocido. Comenzaba á experimentar sentimientos, que hasta entónces jamás habian venido á ablandar su corazon: éste, de duro, seco y helado, se le convierte en blando, manso y amoroso. Ve que cerca de sí está el que tales prodigios obra. Reconoce en Él la virtud de lo alto: un vivo sentimiento de arrepentimiento acomete con impetu su corazon; un rayo de luz de arriba, que hasta entónces no le habia iluminado, viene á hacerle conocer todos sus crímenes, todos sus pecados, todas sus ingratitudes para con el Señor Dios; otro rayo de esperanza, que le viene desde la Cruz de Jesús á su lado, lo anima y dá valor; su fé se fortifica, su esperanza crece, y la caridad viene á abrasar su corazon, y ya no es posible que Dimas calle. Habla, pues, y habla para tomar la defensa de su Dios, que padece inocente para rescatar al mundo; predica y amonesta al culpable; y concluye por pedir perdon de sus culpas, y una parte en el Reino de los Cielos. ¡El terreno andado en poco tiempo es mucho! Jesucristo ha callado hasta ahora, porque la gracia iba obrando; Dimas es fiel á la gracia; y Jesucristo habla ya, y habla como Dios: «En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el Paraiso.» ¡Palabras inefables, palabras consoladoras, palabras que aseguran á Dimas su eterna salvacion! A tiempo llegaste, penitente ilustre; á tiempo llegaste, magnánimo confesor del Crucificado; á tiempo llegaste, Dimas, para coger las primicias de la Pasion que padece ese Dios-Hombre, á cuyo lado te hallas. Bien se conoce que estás acostumbrado á las sorpresas: pero si las otras han sido para el mal, la última de ellas te vale un reino entero de bienes.

Amados míos en el Señor, admiremos la conducta del Señor respecto al Buen-Ladron. Espera que éste se muestre fiel á la gracia, y desde el momento en que lo es, quiere premiarlo con una largueza infinita, que sobrepuja toda humana comprension. Dimas habia confesado á Jesucristo, cuando Jesucristo se hallaba en el estado más abatido; cuando más humillaciones llovian sobre Él; cuando estaba tan desconocido, que por ninguna señal exterior indicaba trazas de la divinidad que se ocultaba en lo interior. Jesucristo, tiernísimamente reconocido por una confesion sincera y heroica hecha en tales circunstancias, quiso manifestar al mundo, cuan gratas le son las alabanzas y sinceras confesiones en tiempo en que el es más perseguido. Por otra parte, Dimas ponía por medianera á la Cruz entre el

Hijo de Dios y él; ¿cómo podía rehusar nada Jesucristo al santo Madero, que había de ser el signo de la humana Redención? Jesucristo nada podía rehusar á la santa Cruz, con la cual Él mismo había desposado desde el principio de nuestra reparacion, y Dimas tenia en ella la mayor garantía de su salvacion.

Jesucristo quiso premiar superabundantemente el heroismo de la confesion del Buen-Ladron en circunstancias que la hicieron tan relevante; y quiso al mismo tiempo ensalzar el poderio de la santa Cruz. El premio se siguió, pues, inmediatamente á la confesion, y al poder comunicado á la santa Cruz, por la consumacion del sacrificio divino. En segundo lugar, la penitencia del Buen-Ladron es un verdadero modelo de la penitencia del pecador, porque principió por el conocimiento y menosprecio de sí mismo; continuó por un celo ardiente en la defensa de Dios ultrajado por los pecadores; y terminó por ofrecer un tormento en expiacion de sus pecados, pidiendo á Dios con fé y esperanza el perdón de sus culpas y el premio eterno. Su ejemplo nos muestra, que jamás debemos desesperar de la misericordia divina; nos muestra, que no debemos mostrarnos rebeldes á la gracia cuando viene á llamar á la puerta de nuestros corazones. Él aprovechó tanto y tan bien los pocos momentos que le eran dados de vivir y de merecer, que en tan corto espacio pudo alcanzar su eterna salvacion. Aprovechémonos tambien nosotros de las ocasiones que el Señor nos depara.

Imitemos, pues, á Dimas en su sincera y heroica penitencia; no nos avergoncemos de confesar el nombre del Señor y de salir á la defensa de su divina Majestad, cuando los blasfemadores impios le ultrajan, le insultan y le desconocen. Celemos su honra, y, si es necesario, demos la vida por nuestro divino Señor; y dándole así testimonios de nuestra fidelidad y de nuestro amor en esta vida de tribulaciones y de penas, mereceremos oír de su boca á la hora de nuestra muerte: «En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraiso».

PANEGÍRICO

DE SAN DIONISIO AREOPAGITA.

Ne terreamini ab his qui occidunt corpus... timete eum qui habet potestatem mittere in gehennam.

No tengais miedo de los que matan el cuerpo... temed al que puede arrojar al infierno.

(LUC. XII, 4 ET 5.)

La fortaleza, católicos, es una virtud sobrenatural que Dios infunde en el alma del atleta cristiano, para que, desechando todo temor, marche impávido por la senda del deber, sacrificando, si menester fuere, su vida en las aras del honor, en el altar de los holocaustos. Despreciando con generosidad bienes, honores, conveniencias, afecciones é intereses; menospreciando magnánimamente los peligros, los temores y aún la muerte misma, ve escritas en lo más elevado del Empireo con caracteres de fuego y de amor las voluntades del Señor. Inspírase de ellas, toma la Cruz por su estandarte, por su guia, por su arma, por su luz; grábalas en su corazón; hace de ella su libro, su manjar, su sostén, sus amores, en fin; y hollando con pié firme y paso seguro esta tierra, su vida no es ya de este mundo, pertenece á la region de la inmortalidad; y nada que no sea Dios puede entusiasmar su alma, ni llenar su corazón.

Hé ahí el principal carácter del atleta cristiano; y en su descripcion os he pintado ya el del ilustre S. Dionisio Areopagita, objeto de estos cultos. Noble, ciudadano ilustre, opulento, apreciado en su pátria, y ocupando uno de los puestos más honoríficos, al oír á un apóstol de Jesucristo, se hace discípulo suyo: abandona riquezas, honores, pátria, afecciones, y se alista bajo las banderas del divino Crucificado, para vivir pobre, humilde, paciente; para predi-

car la fé ante los tiranos y pueblos idólatras, menospreciando las amenazas, los peligros y graves temores; sufriendo, en fin, persecuciones y tormentos de varios géneros hasta morir mártir, despues de una larga vida de cien años. Tal es el grande héroe cuyo panegirico me veo empeñado en hacer, porque así lo quiere vuestra piedad, porque así lo pide el objeto de esta solemnidad.

San Dionisio Areopagita nos enseña con su ejemplo: en primer lugar, á menospreciar los honores y bienes temporales; en segundo lugar, á no temer los enemigos de Dios; en tercer lugar, á dar generosos la vida en defensa de la fé, si necesario fuere. Ved ahí el asunto y plan de ese discurso. Ayudadme á pedir la divina gracia por la intercesion de nuestra amatísima Madre: *A. M.*

Ántes de entrar en el fondo de nuestro panegirico, necesario se me hace el exponeros la maravillosa manera con que nuestro Santo fué convertido. Era Dionisio ciudadano de Atenas, miembro ó juez del más célebre tribunal de la antigüedad, llamado el Areópago, establecido en dicha ciudad. Por su probidad, mansedumbre, afabilidad y rectitud de carácter, Dionisio se habia captado la veneracion y el amor de toda la Grecia. San Pablo, habiéndose visto obligado á salir de Berea de Macedonia, donde predicaba con fruto la religion cristiana, para evitar la persecucion que allí habian levantado contra él varios judios venidos de Tesalónica, se dirigió á Atenas, donde permaneció algun tiempo esperando á su compañero Silas y á su discípulo Timoteo. Durante su mansion en esa ciudad se sintió, dice S. Lucas, grandemente conmovido al ver su apego á la idolatría. Tuvo en ella varias conferencias con los filósofos, principalmente con los epicúreos y estoicos, los que lo llevaron al Areópago para que diese cuenta de su doctrina. El santo apóstol no receló presentarse á esta asamblea, tan temida de Platon, que ocultó en ella sus sentimientos sobre la unidad de Dios, y otras verdades importantes de que estaba convencido. San Pablo, al contrario, nada temió; pronunció en ella un discurso, cuyo objeto eran las verdades más importantes del Evangelio del verdadero Dios, de quien era predicador. «Varones atenienses, les decía, en todo os veo más dados al culto de los ídolos que los demás pueblos de la tierra. Al reconocer vuestros simulacros encuentro un ara con esta inscripcion: *Al Dios no conocido*. Pues este Dios, que adorais sin conocerle, es el que os anuncio: el Dios que ha criado el mundo y cuanto en él se contiene; el cual siendo Señor del Cielo y de la tierra no habita en los templos fabricados por los hombres, ni se deja servir de los hombres porque los

necesite; pues Él es quien dá á los hombres la vida, la respiracion y todas las cosas. Él es quien de uno solo hizo nacer todo el linaje humano para habitar en la superficie de la tierra. Prefijó á cada hombre el tiempo de estar en este mundo, y á cada pueblo los limites de su habitacion; debiendo el hombre buscar á Dios, por si acaso, rastreando y discurriendo, pudiese por fortuna hallarle. Aunque no está lejos de cada uno de nosotros, porque en Él vivimos; en Él nos movemos y existimos, como lo dió á entender uno de vuestros poetas, diciendo: que somos del linaje y descendencia de Dios. Siendo, pues, nosotros de descendencia divina, no debemos creer que la divinidad tenga ninguna semejanza con el oro, plata, piedra ó escultura, ni con ninguna obra inventada por los hombres. Dios, pues, habiendo mirado con indiferencia los tiempos pasados, en que han dominado semejantes groseras ignorancias, ahora intima á todos los hombres de todos los lugares, que hagan penitencia; porque fijado está el día, en que ha de juzgar con justo rigor el mundo, por medio de un hombre constituido por Él, dando á todos testimonio de esta verdad con haberle resucitado de entre los muertos.» Cuando los asistentes en el Areópago oyeron hablar de la resurreccion de la carne, unos se burlaron de esta doctrina, y otros siguieron el parecer de S. Pablo, y abrazaron la fé de Jesucristo. Dionisio Areopagita fué uno de los últimos.

Hé ahí lo que acerca de la conversion de nuestro Santo nos refiere el texto sagrado. Grande es el honor que Dionisio recibe en tener al mismo Espíritu Santo por el historiador de su conversion: su vida ha acreditado cuan bien correspondió á la divina gracia. Apenas convertido Dionisio, sintió desde luego el grave peso de las riquezas, el inevitable embarazo de los honores, las cadenas aprisionadoras de las humanas afecciones. Creía en Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Duco de todo, lo ve pobre desde su nacimiento hasta su muerte; lo considera naciendo en un establo, reclinado en un pesebre, abrigado con un poco de heno y el aliento de dos animales; lo medita muerto, despues desnudo en una cruz. Y Dionisio, que se ha propuesto á Jesús por su modelo, ¿consentirá en vivir rico, gozarse en la opulencia y las comodidades? ¿Jesucristo, Criador de Cielos y tierra, ante quien todo se arrodilla, escoge los oprobios, las afrentas, las humillaciones cuando vive en el mundo; lección sublime. Y Dionisio, que lo medita en su corazon; y Dionisio, que se ha entregado todo á su Dios y Señor; ¿consentirá todavía en ser honrado, en conservar una dignidad, que le constituye uno de los primeros magistrados de la Grecia? El Verbo encarnado, al ofrecerse en

holocausto al eterno Padre, dice por boca de su real profeta: «Escrito está de mí, ¡oh Padre mío! desde el principio, que habia de hacer vuestra voluntad: entónces dije: Vedme pronto: aquí me teneis.» Cuando el Salvador se dignó explicar sus voluntades á sus discípulos, queriendo verles enteramente libres de todo apego terreno, les dijo: que si alguno amase á su padre, á su madre, á su hermano, á su hermana, y á su mujer, ó á sus hijos más que á Él, no lo reconocería por discípulo suyo. Jesucristo, pues, quiere, que le entreguemos todo nuestro corazón, sin division ni particion. Y Dionisio, que se habia entregado del todo al Señor, que le habia consagrado su amor, su vida, su corazón; ¿podía vacilar un momento, en desprenderse heroicamente de todo afecto, de toda ternura que lo apegase en lo mas mínimo á este mundo, que habia hollado en el santo bautismo; que lo perturbase en la divina armonía de celestiales consuetos, que con tanto fervor procuraba conservar en su corazón? No; Dionisio se entrega todo á Jesucristo; quiere seguirle por el camino que nos dejó trazado; quiere imitarle en todo; anhela por correr en pús de su Amado y volar á dó quiera le llame; y lleno de un valor heroico, de una fortaleza de alma sobrehumana, distribuye todas sus riquezas entre los pobres por vivir pobre; abandona un puesto distinguido para quedar más desembarazado; menosprecia los honores y las dignidades; renuncia á toda afecion de familia, de parentesco, de amistad, de patria. Exclama con un santo entusiasmo: Mi Dios es para mí todas mis cosas. Mi Jesús, crucificado por mí, es todo el amor mío. Con su maestro Pablo habia puesto toda su honra en la cruz, y decia: Léjos de mí el gloriarme en otra cosa, sinó en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Y con efecto, católicos; ¿qué son las riquezas sinó espinas, que punzan el alma, y desgarran el corazón? ¿qué son los honores sinó un ropaje embarazoso, que nos ata, liga nuestros brazos, y embaraza nuestros piés? ¿qué son las afecciones terrenales sinó un peso, que nos carga sobremanera, y nos hace andar inclinados hácia tierra? No son mías estas sentencias: están sacadas de las del Espíritu Santo, y son literalmente de los santos Padres de la Iglesia. Todavía más: Jesucristo, nuestro Señor, nos enseña en una de sus parábolas, que las riquezas y los bienes temporales y los cuidados mundanos son espinas, que impiden crecer la buena simiente que el gran Padre de familias arroja en el campo de nuestro corazón. Iguales propiedades é inconvenientes afectan á los honores y á las afecciones terrestres. Deseando, pues, nuestro insigne Santo, quedar enteramente desembarazado de todo lo que pudiera servirle del menor obstáculo para

darse todo al servicio de nuestro Señor Jesucristo, se despojó de todos sus bienes, de todas sus dignidades, de todas sus afecciones. Sabia muy bien, que en presentándose á la arena de la fé, tenia que luchar con los espíritus malignos, que nada poseen que sea suyo propio en este mundo; debemos, pues, luchar desnudos con tales desnudos; porque si nos presentamos á la lucha vestidos, tiene el enemigo de donde agarrarse y hacernos caer. San Dionisio Areopagita nos enseñó, pues, con su ejemplo, á menospreciar las riquezas, los honores, y las terrestres afecciones, para hallarnos libres en el desempeño de nuestros cristianos deberes. Veámosle tambien enseñarnos á no dejarnos intimidar por las amenazas, persecuciones y malos tratos de los enemigos de Dios y de nuestra santa religion.

La fortaleza es una virtud moral, que consiste en un medio prudente entre la pusilanimidad y la osadía ó presuncion. Huir siempre del peligro es una flaqueza y cobardía indigna del hombre; hacerle frente en todas ocasiones y sin discernimiento, es un atrevimiento intolerable y peligroso. El varon fuerte es aquel, que no retira su rostro del peligro cuando la religion ó la patria le obligan á acometerlo; pero que se retira cuando así lo exigen las circunstancias, y lo ordena la prudencia. Habiendo nuestro Santo recibido de manos del apóstol Pablo la consagracion episcopal, puesto al frente de la Iglesia de Atenas, la rigió con sabiduria y prudencia celestial: firme en la fé no temió jamás las amenazas de los hombres. Acudia á todas partes en donde las necesidades de la Iglesia lo llamaban. Em prende el viaje á Roma; confiere los negocios de su Iglesia con el papa S. Clemente, quien le envió á las Galias, en donde se estableció, y fundó la Iglesia de Paris, de la cual fué el apóstol y el primer obispo, segun las tradiciones de la santa Iglesia de Roma. Muchas contradicciones experimentó el Santo en el ejercicio de su sagrada mision; pero las superó todas en virtud de la fortaleza de que le revistió el Espíritu Santo. Atravesando por medio de mil peligros, venciendo un sin número de dificultades, predicó la fé de Jesucristo en la Grecia, en las Galias y en otras provincias de la cristiandad. ¡Ah católicos! y cómo este valor heroico acusa nuestra cobardía y nuestro temor! Deseamos el bien; deseamos su propagacion; deseáramos que todo el mundo conociese, adorase, amase y sirviese al Señor; pero todo esto sin que ni nuestra salud, ni nuestras conveniencias, ni nuestra vida padezcan en lo más mínimo. Quisiéramos convertir al mundo entero, pero sin correr el menor peligro; quisiéramos anunciar el Evangelio á todos los principes, á todos los pueblos que todavía yacen en las tinieblas; pero sin exponernos al

furor de una sangrienta persecucion. Los santos no lo han pensado así, y sin duda alguna son jueces más competentes que nosotros en la materia. San Dionisio, muy lejos de temer las persecuciones de los enemigos de nuestra santa religion, se ofrece voluntariamente á predicar en paisés todavia más feroces que el suyo. Sin embargo, como su vida fué muy larga, pues que murió de edad de más de cien años, el Santo no se expuso imprudentemente á una muerte cierta, cuando no lo juzgaba todavia del agrado del Señor. Justamente desconfiado de sí mismo, y poniendo toda su confianza en Dios, nos dió una leccion muy útil para guiarnos en el camino de la perfeccion cristiana y de nuestra propia santificacion; leccion que voy á exponeros en concisas y sólidas razones.

Y con efecto, católicos; la imprudencia en exponerse á los peligros, como tambien á todo género de tentaciones, se funda en una excesiva confianza de sí mismo, ó en una precipitacion en el obrar, nacida de esta misma confianza. Dionisio se venció á sí mismo, reprimió los movimientos de su celo cuando todavia no era llegada la hora de su martirio. Esperaba con santa paciencia el momento tan deseado de ofrecerse ante las aras del sacrificio. Esquivó por un tiempo las persecuciones, se presentó á ellas en otro, con las precauciones que el Señor mismo nos prescribe, y obró siempre con magnanimidad, con igualdad de ánimo, no temiendo el furor de los tiranos, ni provocando su ira imprudentemente. Réstanos ver á Dionisio enseñándonos con su ejemplo á dar generosos nuestras vidas, si necesario fuere, en defensa de la fé.

El sacrificio de sí mismo es lo que caracteriza al héroe cristiano, y este sacrificio fué el que hizo de Dionisio un apóstol, un mártir. El sacrificio de sí mismo le fué impuesto por el celo divino de que se hallaba poseído, así como este celo dimanaba del sagrado fuego de la caridad que abrasaba su corazón. Y con efecto; la caridad es fuerte, y fuerte hasta morir. Y el Apóstol de las gentes, señalando las cualidades de la caridad: «¿quién nos separará, dice, de la caridad de Jesucristo? ¿La tribulacion? ¿la angustia?... Nada, ni la muerte misma será capaz de separarnos de la caridad de Jesucristo nuestro Señor. Observemos, católicos, esta admirable propiedad del amor divino en nuestro Dionisio. Apenas se siente su corazón poseído de la caridad divina, dulces y sabrosos incendios de amor le abrasan y consumen. Olvidase de sí mismo, y solo piensa en el divino objeto de sus amores. Jesucristo es para él su vida, su todo. Su espíritu se remonta hasta más allá de todo lo criado, contempla los misterios inefables del empireo; Dios se digna comunicarle, como á su maes-

tro Pablo, luces tan sobrenaturales, que exceden á todo concepto humano. Para enseñanza de los fieles escribe tratados de mística teología, tan elevados, que se manifiesta bien venir del Cielo la luz que despiden. Solo un ingenio privilegiado, admitido á las más sublimes comunicaciones, ha podido dejarnos explicados misterios tan elevados.

Uno de los efectos principales de la caridad divina es el celo por la honra de Dios. Dionisio ansia por darlo á conocer en todas partes. Lloro amargamente la ceguera del gran pueblo de Atenas; predica, instruye, discute, arguye, defiende, reprende. Busca á unos, solicita á otros, edifica á muchos con su santidad y ejemplos de mansedumbre. Llénase de una santa alegría al ver, que el Señor bendice sus esfuerzos y sus sacrificios, y tiene el consuelo de establecer en el mismo Atenas una Iglesia muy florida, y un semillero de la fé más pura, y de la virtud más acendrada. Deja la Grecia; pasa á Roma, y con mision del papa S. Clemente parte á las Galias, que encuentra sumidas en la más espantosa idolatria. Predica por todas partes á Jesucristo crucificado; enseña su sagrada doctrina en las ciudades, y en las aldeas; en las casas, en las calles, en las plazas y en las juntas de las gentes. Se le amenaza, se le persigue de muerte; Dionisio nada teme; continúa su predicacion. Convierte millares á la fé, los bautiza, y fortalece en la fé recibida por medio de celestiales instrucciones. Se le cita á un tribunal; se presenta, y en él predica en voz alta á Jesucristo, Vá á Paris, ciudad á la sazón limitada á dos grandes islas, que formaba el rio llamado entónces *Sequana*, y hoy el Sena. Conoce que esta ciudad es el término de su carrera evangélica. Predica en ella; predica en todos los alrededores; y este hombre admirable convierte gentes innumerables. De todas partes acuden á él para oír la palabra evangélica; su grey se aumenta milagrosamente. En poco tiempo tiene el consuelo de ver la cristiandad floreciente en el territorio que le estaba designado por la divina Providencia.

Muévense en el entretanto muchas y muy crueles persecuciones contra los cristianos; muy lejos de huir, acude á todas partes á animar á unos, á levantar á otros, á sostenerlos á todos, logrando con sus exhortaciones y su valor heroico ver coronados mártires á una multitud de sus hijos. Pero llegó, en fin, el momento de ofrecerse él á su vez tambien en víctima ante el altar del sacrificio. Una nueva persecucion se mueve; el tirano quiere á toda costa apoderarse del anciano obispo y padre de todos los cristianos: Dionisio es presentado ante el tirano; confiesa de nuevo á Jesucristo; y lo anuncia

con tal energía y valor, que el tirano enmudece. Pero para que el Santo no perdiese tan bella ocasion de verter su sangre por su amado Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el tirano lo manda decapitar fuera de Paris; y es tradicion, que el santo mártir llevó su cabeza cortada entre sus manos casi por espacio de dos mil pasos; milagro, que segun la misma tradicion, contribuyó á la conversion de muchos idólatras, y á la conservacion de las preciosas semillas que el santo apóstol de Paris habia echado en este campo, que tantos y tan copiosos frutos habia de dar á la divina religion: que jamás ha cesado de ser venerada en aquella célebre capital, aún en los tiempos de la mayor impiedad; favor que se atribuye á la proteccion del glorioso S. Dionisio, su apóstol. Dionisio, pues, nos enseñó con su ejemplo, á dar generosos nuestra vida en defensa de nuestra santa fé, cuando así lo exige la honra de Dios y nuestro deber.

Amados míos en el Señor; no puedo terminar este discurso de un modo más análogo á la solemnidad que aqui nos tiene reunidos, que exhortándoos con todas mis fuerzas y de todo mi corazón, á que considereis nuestra vida como una vida de holocausto, como un sacrificio continuo, perenne, que sin cesar debemos ofrecer al Señor ante las aras de su sacratísima y benditísima voluntad. En presencia de una vida tan heroica como la del insigne Dionisio Areopagita, no nos queda ningun pretexto que alegar. Linaje, dignidades, riquezas, una alta consideracion social, nada de eso fué capaz de detener á su grande alma á correr presuroso y siempre impávido y siempre constante por la senda del sacrificio. Así alcanzó esos inmortales laureles con que le coronó el Señor en el día de su triunfo. Así nos enseñó con su ejemplo, no solo á menospreciar los honores, dignidades y bienes temporales; no solo á marchar impávidos por la senda de nuestros sagrados deberes sin jamás temer á los enemigos de Dios; sino á dar generosos nuestras vidas en defensa de la fé, cuando así lo exige la honra de Dios; y á mirar nuestra vida como un perenne sacrificio de nosotros mismos en las aras santas de la divina religion. Si tales son nuestros deseos, si tal es nuestra conducta durante nuestra peregrinacion en este mundo, confiemos en la infinita bondad del Señor, que nos recompensará como al ilustre Areopagita S. Dionisio con los inmortales laureles de la gloria. *Amén.*

 PANEGÍRICO

 DE SANTO DOMINGO DE SILOS, ABAD Y CONFESOR.

Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercitum...

Me abraso de celo por tí, oh Señor Dios de los ejércitos.

(III REG. XIX, 10.)

Admirables y asombrosos son los efectos del amor divino, cuando llega una vez á apoderarse de un alma grande ó de un corazón generoso. Él es un fuego vivo, que no deja nunca de estar en accion. Enemigo declarado del ocio, idea siempre nuevos planes, forma nuevos proyectos; ¡y con qué intrepidez los acomete! ¡con qué magnanimidad y aliento los prosigue! Lejos de acobardarle las dificultades; en vez de desanimarle los peligros, le añaden nuevos estímulos; y cuando parece cerrado el camino para el logro de sus fines, entónces redobla más que nunca su vigor. Con razon el Espíritu Santo le compara en su fortaleza á la muerte, á la cual nada resiste, y en su tenacidad al Infierno, que nunca cede. El hombre, que ama de veras, no tiene ni respetos que le impidan, ni obstáculos que le detengan. No sabe qué es trabajo, no conoce qué es fatiga, no entiende lo que quiere decir repugnancia para amar; y si alguna vez siente pena, es porque no ama mucho más. Donde principalmente se descubre su ardor, su generosidad y su finura, es en el celo con que procura la honra de su amado. El verdadero amante siente con mayor viveza las ofensas que se hacen al objeto de sus amores que las suyas propias; y á trueque de repararlas é impedir las, sacrificará gustoso cuanto tenga, se sujetará á toda suerte de humillaciones y tormentos; y aún derramará, si es preciso, toda la sangre de sus venas. Desea que todos vivan tan enamorados como él, lo solicita, lo ansia; y al ver que con meros deseos no lo alcanza, piensa en los medios más activos para con-